

EL MAPA Y LOS PÁJAROS

Al señor que dibujaba el mapa de España se le cayó al suelo el nombre de Media Tarde.

El señor era corto de vista y el nombre estaba escrito con una letra diminuta.

El señor se puso las gafas de ver más y empezó a buscar por encima y debajo de la alfombra, entre los cordones de sus zapatos y en todos los bolsillos de su traje gris. Volvió los bolsillos del revés y sólo pudo encontrar dos pesetas.

—Me parece que no soy muy rico —se dijo.

Lo maravilloso era que sin ser rico tenía muy buenos amigos. Decidió pedirles ayuda y acudieron cuatro personas y un perro. Vino el vecino del sótano, que era carpintero, y la vecinita del ático, que era bastante mona, la señora de la limpieza y un detective famoso que vivía entre las páginas de una novela policíaca que le habían prestado cuando tuvo la gripe.

El perro fue el primero en llegar. Era un auténtico San Bernardo, muy viejo, casi sordo y sin olfato.

El señor que dibujaba los mapas, el perro, la señora de la limpieza y el detective, buscaron afanosamente mientras la vecinita del ático le explicaba al carpintero cómo hacía ella un delicioso dulce de espinacas.

Fue un esfuerzo inútil y los mapas de España se quedaron para siempre sin el nombre de Media Tarde. Por eso casi nadie lo conoce. Yo soy uno de los pocos que saben dónde está y puedo aseguraros que no es nada extraordinario.

Media Tarde es un pueblo pequeño, normal, blanco eso sí.

De día se ve maravillosamente desde cualquier sitio, pero en cambio, de noche, si el farolero no enciende las pocas luces de la plaza, no se ve nada de nada, nada, a no ser, claro está, que salga la Luna.

Cuando sale la luna ladran todos los perros y si es de noche no te dejan dormir.

Cualquier día del año que viene, en Media Tarde, mejor a la media tarde y si hace sol, una de las cosas que se podrán ver será algo así como docena y media de pájaros raros pero alegres.

No tendrán nada de extraordinario a no ser por el hecho de no haberlos iguales en ningún otro rincón de la Tierra.

Voy a deciros por qué.

Don Pío vive de ese poquito, muy poquito dinero que le dan por cuidar los jardines de Media Tarde.

Don Pío es un hombre amable que sabe algo de plantas, un poco de estatuas, casi nada de patos y mucho de pájaros azules.

Don Pío tiene un pájaro azul. Se lo regaló el capitán de un barco que vino de la China y no traía naranjas.

El pájaro azul de don Pío nació en una isla donde siempre es verano. Le gusta mucho la música para flauta, la semilla del girasol y las

polillas que se comen la lana de los abrigos.

A la hora del paseo le divierte volar por encima de los tejados, dar vueltas alrededor de la torre y posarse en las plumas de la veleta, que es de hierro y a veces canta al amanecer.

Doña Milagros tiene una tienda donde vende y arregla paraguas.

Doña Milagros es una viejecita encantadora que sabe algo de paraguas, un poco de bordar mariposas, mucho de geranios y todo lo que hay que saber sobre pájaros verdes.

Doña Milagros tiene un pájaro verde, vulgar, pero cariñoso y agradecido. Lo recogió una tarde, entre la jara, en la otra orilla del río, lastimado en una pata y hambriento.

Ahora el pájaro verde de doña Milagros come alpiste con vitaminas A, B y C, no pasa frío y tiene un lazo anudado en su patita derecha, vive entre paraguas de todos los colores y es feliz.

Al pájaro verde le gusta volar entre los niños más pequeños y posarse, por alegrarlo, en el hombro triste de un abuelo sin nietos.

Después sube a tomar el sol en el sombrero de la estatua, que es de quita y pon.

¡Oh!, se me olvidaba: El pájaro verde de doña Milagros no es pájaro sino pajarita. Este dato tiene la máxima importancia.

Una tarde, mientras el pájaro azul volaba alrededor de la veleta y la pajarita verde perseguía por el aire a una semilla de pensamiento, empezó a llover.

El pájaro azul, que nació donde siempre es verano, pensó que lo mejor era ponerse a cubierto no fuera a ser que sus plumas destiñeran con el agua.

La pajarita verde pensó lo mismo y los dos vinieron a coincidir debajo de las ramas de un pruno, que es un árbol de hojas moradas y flores blancas.

Cuando el pájaro azul terminó de sacudirse las plumas vio a su lado a la gentil y presumidilla pajarita verde. El corazón, entonces, le dio un brinco y, sin poder evitarlo, empezó a cantar alto y fuerte.

A la pajarita verde, al ver y oír al pájaro azul, se le subieron los colores a la cara. Así se mezcló el rojo del rubor con el verde de las plumas y el resultado fue un maravilloso color diferente.

—Algo increíble —recordará siempre el pájaro azul—. El color de la felicidad, sin duda.

Llovió muy poco, durante tres o cuatro minutos apenas, y otra vez vino el sol sobre Media Tarde y la pajarita verde y el pájaro azul se fueron a volar juntos.

Los novios viven ahora en la rama más alta del pruno, en un nido hecho de juncos nuevos.

Como ya es primavera, la pajarita verde ha puesto cinco huevos.

Los huevos son pequeños, casi redondos, a dos colores, y la pajarita verde se ha puesto encima, con mucho cuidado, a darles el calor de su cuerpo, a taparlos con las alas.

Mientras, el pájaro azul va de un lado para otro, nervioso, buscando

gusanitos en las lechugas y semillas en las flores enormes del girasol.

Y dentro de unos días, no muchos, menos de trece, se abrirán los huevos y de entre los cascarones, si Dios quiere, veremos salir cinco pajaritos a dos colores, verdes y azules.

No me gusta mentir. No soy como mi amigo Juan Acost o cualquier otro mentiroso más o menos divertido. Por eso si yo digo que en Media Tarde, a la media tarde, habrá pronto un alegre revoloteo de pájaros verdiazules, podéis creerme.

Por otra parte esta historia no es difícil de creer. Bien mirado se parece mucho a la mía: Mi padre es alto, capitán y rubio; mi madre es pequeña, delgada y pecosa. Se casaron a finales de verano y yo nací a principios del siguiente y tengo, desde el primer día, un luminoso pelo del color de las zanahorias.